EN EL FARO

 Entre sombras, disperso en la moción perpetua del oleaje, en ocasiones creo ver ecos de algo que no debería naufragar en las costas de mi mundo. Son formas rugosas, húmedas, adivinadas entre vaivenes de la inmensidad que las contiene, que se asemejan a manchas de locura sórdida flotando en mi dirección, meciéndose con voluntad por sobre los designios del agua.

 Son cientos. Incontables, difuminadas por la penumbra nocturna y solo ahuyentadas bajo la luz artificial, sus números me son inciertos y perversos, la maquinaria de algún antiguo deseo por fin poniéndose en marcha. No parecen tener límite. No frenan, ni merman su avance las olas ni la espuma, el aire salado de la noche. Trepan con patas, con espantosos cilios, a los peñascos buscando adentrarse en la ciudad y solo caen cuando las alumbro, cuando enfoco la luz del faro en sus huestes.

 Desaparecen, desvanecidas por el brillo. Es como si sus verdades fueran solo las de la oscuridad, y mi resplandor las desasiera de este mundo que tan ajeno les es. Cuando el sol sale, por fin en el horizonte, dejan de aparecer del todo dejando la playa en calma, llevándose consigo cada rastro de su existencia hasta que las sombras regresen, dándome tiempo a prepararme para el siguiente encuentro. Pero cada día llegan más lejos. Se acostumbran, dotadas de un intelecto que desborda mis posibilidades de resistencia, a mis intentos de frenarlas: se sumergen bajo la arena, como monstruosos cangrejos, obligándome a seguir su trayectoria subterránea por el montículo móvil que crean y a quemarlas cuando emergen, como un niño cruel matando hormigas con su lupa.

 Mientras tanto, siguen avanzando. Sin ruidos, en un silencio húmedo, tambaleando los bulbos de sus lomos arqueados, con ojos ocultos bajo los caparazones abominables, son solo los bramidos del relámpago los que les anuncian, cuando el firmamento parpadea con una hendidura plateada y por una milésima de segundo la luna se hace sol, el cielo fragmenta y las sombras se vuelven aurora para revelarlos.

 Entonces los veo, y temo.

 He convertido a este faro en un torreón de defensa. El hombre que me cedió su puesto hace veinte años, el viejo curtido y arrugado como el cuero que me explicó cómo mantener el calor, como manejar las válvulas, como limpiar el barro de la piedra también me advirtió, a su manera, de lo que me esperaba al aceptar este cargo. Pero en su tiempo era distinto. Antes, no eran cientos sino que eran uno o u dos. Aparecían merodeando en altas horas, tambaleándose de lado y, con la calma grave que constituye a ese tipo de tareas que deben ser realizadas pero que no cuentan con la impronta del tiempo, mi antecesor bebía su aguardiente, para llenarse el cuerpo de un fuego que le abrasara, y alejado ya el frió de sus entrañas les mataba, hasta asegurarse de que la costa estuviese limpia. Pero no dormía. Continuaba la noche en vela, viendo los corales del arrecife, bebiendo y pensando hasta que despuntaba el alba. Al dejar el faro, antes de terminar de morir por la gangrena, su único instructivo fue el depositar en mi mano la llave del almacén del sótano, en donde su colección de botellas de aguardiente y ginebra esperaba un nuevo dueño. Nada más. Ninguna advertencia desesperada, agonizante, que por demás sería inútil. Ningún lamento o deseo anhelante, ningún sudor frío de terror impávido. Solo la constancia, reseca por la edad, de que me esperaban largos años.

 Ahora yo tampoco concilio el sueño. Ya no miro, contemplo. He visto lo que se mece en la costa, he visto lo que sale de las profundidades despertando de un sueño, he visto lo que las personas se empeñan en llamar pesadilla. Pero es real. No porque solo yo quede para verlo significa que no lo sea. Esos seres dementes que marchan por la arena, sus pasos, sus repiqueteos, las invisibles reverberaciones de la espuma en sus cuerpos, ¿no es todo eso lo que hace esconder al niño, temblar al hombre, palidecer al anciano? Eso es todo lo que esta mal, todo lo del otro lado, lo que se oculta bajo la oscuridad de la cama, tras la niebla del bosque, entre los pliegues del armario. Esto es lo que todos tenemos desde que nacemos, por lo que rezamos y rogamos, el sonido del silencio que nuestra vida ajetreada atenúa con su estruendosa trivialidad.

 Pero ya no hay ajetreo en mi vida. Lo único que los frena, noche tras noche, soy yo y mi voluntad de defender lo que pronto será indefendible.

 Debo concentrarme. Alta se alza la luna, juzgándome desde el cielo. Tendré que ir al sótano, buscar mi combustible –diez, veinte botellas que se apilaran vacías por sobre los balcones y la pequeña mesita en la que me relajo de tanto en tanto- tendré que asegurar que los pesados candados y las enormes barras de acero con las que trabo las puertas se hallen sólidas y resistentes, tendré que cerrar las ventanas y controlar cada abertura mínima; abajo y arriba, cada posible hendidura por la que pudieran inmiscuirse. Luego subir, encender la luz, direccionala con mis brazos cada vez que los vea moverse por entre la sal marina, difuminarlos hasta que desaparezcan y beber, y beber, y delirar en la larga noche bajo el acoso silencioso de mil engendros, hasta que el sol salga y todos mis lamentos se hagan uno con el sueño. Y entonces miraré, reseco y desgastado, al astro rey que me bendice con sus rayos; y pensare que con él estoy llegando a otro mundo, ese donde vive el resto, ese que evade al delirio y al caos.

 Amanece. Ayer ocurrió algo que nunca había ocurrido antes.

 La defensa de la costa prosiguió normalmente, en inicio, conmigo quemándolos desde mi posición y observando la furia del mar con ojos atentos; cuando oí un golpe insistente desde un costado del Faro. Nunca se habían acercado tanto. Tomé un cuchillo, preso de una excitación violenta dada por el alcohol y corrí hacia abajo, a hacer con mis manos lo que siempre había hecho con la luz, a encarar a uno de esos monstruos. Me tambaleaba, por las escaleras, por los curvados pasillos, y los sonidos se repetían.

 Al llegar, la visión fue demasiado real. Había roto una ventana, y se inmiscuya con largas patas aserradas, con antenas que tanteaban el aire y ojos que eran un amalgama arcoiris, como gemas de lustre que se lanzaban sin gracia por mi hogar. La mente se me puso en blanco. Grité, y hundí el cuchillo entre esos ojos, una vez, y otra, y otra, aullando; y la criatura se sacudió como una araña, también chillando.

 Sí, gritaba. Es la primera vez que oigo a una hacer sonido. Su grito era como el de un niño, lleno de miedo y espanto, y sus sacudidas me parecieron producto de la emoción humana. Sangró, cuando lo ensarte, una sangre roja y caliente como la de cualquier otro. Yo lo vi morir y caí junto con él, llorando borracho, sin comprender nada. Ya no sé que pensar. Me están engañando, estas criaturas me engañan. No son lo que creo. Pero no sé que es lo que yo creo que sean. Quieren hacerme creer que me equivoco, evolucionan para confundirme como mis propios demonios. Me sorben, como a mi antecesor. Ya no sé si la luz los hace desaparecer, o si solo la reciben con gusto y se marchan. No sé si no reciben mi cansancio, mi precario estado mental, mi angustia y con eso regresan de vuelta a su mundo, saciados.

 No lo entiendo. Solo sé que tengo que seguir defendiendo mi faro, sin más razones. Debo perseverar, ser constante, mantenerme en forma y continuar combatiendo para defender el pueblo, a su gente que me es invisible, para salvaguardar todo lo que alguna vez tuve; y que los días pasen sin cambio, y que las noches me deparen locuras eternas.

 ¿Pero quién cuidará el faro, cuando yo ya no esté? ¿Quién encenderá su luz, quien mantendrá viva la mecha, quien alimentará el gas?

 Oh, dioses, ¿Quién me salvará...?

Por David Keyser